

ria, auténtica? Bajo los presupuestos y los hallazgos líricos y teóricos de otros autores y estudiosos, que crearon su obra en ámbitos particulares, ¿podemos construir una obra peculiar, hija de nuestra propia experiencia humana?

Sí, es cierto que la poesía de hoy, por la cantidad de hechos que se suceden vertiginosamente, ha de llevar en sí misma el descreimiento, la racionalidad, la duda, pero siempre y cuando prevalezca en ella su esencia lírica, la verdadera: eso que saliendo del alma del poeta ha de llegar al alma del lector. Heaney, después de todo, termina diciendo:

*Between my finger and my thumb
The squat pen rests.
I'll dig with it.*

Es decir, voy a cavar, voy a buscar en mí... Con la pluma... Cumplida la función de la amenaza, cautivado el lector, se deja a un lado la escopeta.

ANTONIO SILVERA ARENAS

La marca de España, un elogio a la diversidad

La marca de España

Enrique Serrano

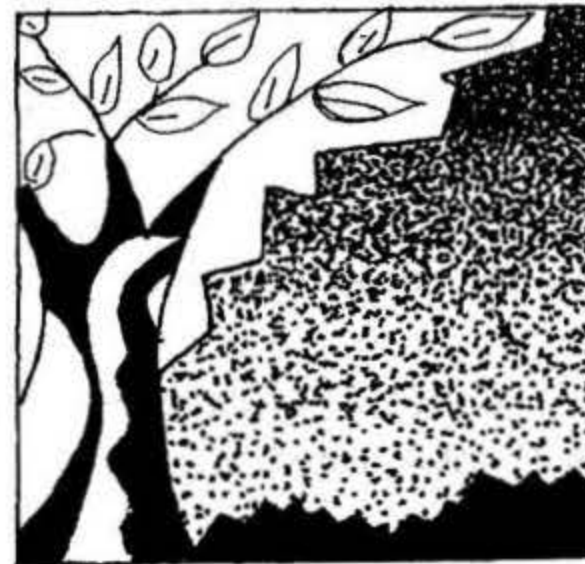
Seix Barral, Santafé de Bogotá, 1997,
117 págs.

La marca de España, cuento que le da nombre a esta recopilación de doce relatos, fue galardonado con el máximo premio del concurso de cuentos Juan Rulfo, versión 1996, organizado por Radio Francia Internacional.

Este reconocimiento a la obra del autor santandereano Enrique Serrano, es también un reconocimiento a esa marca indeleble que llevamos todos los herederos de la diversidad cultural anidada desde sus comienzos en España. Hallarnos más allá del espejo del tiempo o viajar a los orígenes, es tarea del lector, que en este caso, sin esfuerzos,

se traslada o se sitúa en momentos disímiles pero casi familiares, encaminados por la escritura.

Los doce cuentos tienen el poder de atrapar y "encantar", y no es fácil interrumpir su lectura. Las descripciones son contundentes, su verosimilitud y el espíritu contradictorio de los hombres y mujeres personajes de sus relatos se vuelve esencial. En *El día de la partida*, por ejemplo, Séneca, el filósofo, se debate entre la vida y la muerte, porque "en él todo se resiste a morir", pero debe suicidarse. La única manera de morir con dignidad es conservando la lucidez hasta el final; ahí está la virtud. De una manera o de otra, el miedo se transforma en tristeza, la angustia en desencanto y el dolor se aleja probablemente para siempre. "Si todos los hombres tuvieran la oportunidad de morir a menudo, no habría ninguno que no fuese sabio".



Los personajes son importantes, pero lo son más las inevitables situaciones que nos ha brindado la vida. En *La marca de España* hay sabios, traidores, ladrones y conversos, fundidos en un rico y extenso vocabulario de nombres exóticos y sonoros, tal vez hasta excesivo en algunos cuentos: "Por consiguiente, recomiendo a Gádir como aliada de Tarracón, Zacyntos, Hemeroscopión y Maniaké, para la gloria de Focea" o "Abu Muhammad' Ali Ibn Hazm..."). A estos doce cuentos, diferentes entre sí, en historias y en construcción, los une la escritura en su lenguaje preciso y sugestivo.

Por el oscilar constante entre la realidad y la ficción, de alguna manera, se ubican los relatos dentro de la tendencia realista de la literatura fantástica. Cortázar decía que el verdadero estudio de la realidad no residía en las le-

yes sino en las excepciones a esas leyes. Esto sucede en los cuentos de Enrique Serrano. Las excepciones forman parte de los mecanismos que utiliza el autor para explicar la naturaleza humana.

Pensar que España es homogénea, es un absurdo en el que hemos caído muchas veces. Tal vez ese afán generalizador, tan banal y trivial, nos hace olvidar que la historia que construimos es contradictoria y diversa. Aquí la ley de la hispanidad que se nos presenta es una realidad que supera el paso del tiempo, que se supera a sí misma, haciendo de la hispanidad una paradoja.

Para Enrique Serrano la vida de los personajes no acaba con la muerte; al contrario, con ella comienza. La muerte es una presencia ausente que no reviste mayor importancia, porque es tan inevitable su llegada, que lo importante es la manera como cada personaje la asume. La vida y la muerte se enfrentan constantemente, y aunque la vencedora es siempre la misma, algunas veces "la inercia de la vida aspira a retar a la muerte".

Cada hombre, judío, gitano, griego, vasco, cristiano, pensador o comerciante, tiene un destino marcado, y cuanto más se quiera separar de él, más cerca está de que se cumpla. Ningún alma está ajena al destino común. Todo está escrito. En uno de los pasajes del *Almahad*, citado en *La daga de Almanzor*, dice: "Después de la muerte, el alma permanece inmortal en el seno de la Inteligencia Universal. Entre tanto, sus otras facultades, tales como la animal o la vegetativa, que no pueden actuar sin ayuda del cuerpo, mueren con él".

Dentro de esas posibilidades se mueven y actúan los habitantes de *Gádir*, quienes escogen a un griego como ofrenda de sacrificio a un dios que no es el suyo, por un pueblo que tampoco es el suyo. Lo mismo le ocurre a Mirza en *Camino de Guadix*: el gitano conoce desde los catorce años su destino y el de su raza, todo estaba escrito en su mano, se lo leyó su madre.

Algunos de los cuentos parecen ser una evocación a ese sentimiento pacifista que les hace falta a los pueblos y a los hombres, tal vez porque, como dice el narrador, "La paz es una quimera". Lo evocará el griego en la carta que deja

como testimonio, en la que alude a los sentimientos de los habitantes del puerto de Gádir, quienes tienen algunos vicios "malsanos", pero los justifica, porque este griego no puede olvidar que ha pasado buenos días en el puerto. En *Los vascos ladrones*, Luciano pedirá en favor de los vascos que le han robado, porque para él la justicia debe ser educativa y no represiva, aunque crea que la crucifixión es un buen castigo, pues para eso se hizo, "pero no podemos matar a todos los que no nos gustan, como hacen los bárbaros".

Muy a pesar de los pacifistas, se siguen provocando guerras y éstas se extienden a través de los siglos, y los vencedores siempre querrán más y más, sean bárbaros o no. "Toda civilización es una síntesis de la conquista de la vida por el hombre" dijo Paul Henry Láng. En *La marca de España*, Carlomagno abandona la empresa de conquistar a España, pues para él la costumbre de no subestimar a sus enemigos era el secreto de su gloria, y vivo sería más útil para la gloria de su dios. Aunque no fue sólo eso; fueron las palabras de un viejo prisionero árabe que le hizo la advertencia, y un sueño en el que se le cae la espada de la mano con la que había conseguido llenarse de gloria. Un héroe verdadero sabe cuándo emprender la partida.



Después de tanto tiempo de vivir en "pecado", viene alguien que nos descubre que trabajábamos en contra de nosotros. Como le sucedió al padre del poeta en *Los burladores*, por no hallarle un uso práctico a la poesía. A Luis Santángel en *El Converso*, por creer que pregonando falsa fidelidad a Jesucristo podía llevar a los sefardíes expulsados de España a la tierra prometida, de manos de Colón. Es la búsqueda de un

amigo verdadero, callar, recibir mensajes que ratifican que nos hemos equivocado, mensajes que van más allá de las miradas, que llegan al corazón.

Seguramente muchas de las contradicciones que llevan a los hombres a equivocarse, son generadas por las pasiones. Somos apasionados y, aunque queramos dominarnos a través de la razón, ésta no es tan sobornable como las personas. En el último cuento de este libro, *La venturosa pasión*, el narrador se debate a sí mismo entre la pasión y la razón, y cuando justifica la razón, dice: "Por esto, mi consejo a los médicos de las generaciones futuras es el siguiente: ¡estudiad filosofía, y dejad que la naturaleza obre!", lo hace apasionadamente, provocado por un dolor, que surge de su amistad. Es contradictorio, pero natural, pues estos personajes, aunque los pensamientos logren descifrar en su inmensidad las pasiones, no las saben manejar. Todo es cíclico. Siempre volvemos, es la marca de la diversidad. Para muchos de nosotros, es la marca de España.

ANTONIO ERICK ARELLANA BAUTISTA

Nuevos relatos

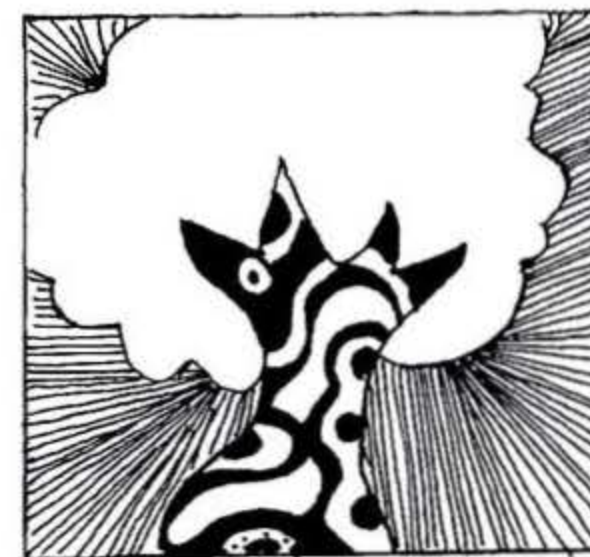
La marca de España

Enrique Serrano

Editorial Planeta-Seix Barral, Santafé de Bogotá, 1997, 117 págs.

La concepción de este libro es ya una virtud. El desconocimiento o la malinterpretación de lo español es circunstancia recurrente en nuestros días, y un lector primario no se habrá acercado a ello más que a través de uno o dos textos de Germán Arciniegas. He leído el libro dos veces, procurando que la segunda lectura fuera más inocente que la primera. La lectura inocente advierte que *La marca de España* es fruto de una concepción madura, de un largo proceso alrededor del tema: uno que ha pasado acaso por la curiosidad devoradora, luego por la investigación fría y metódica, luego por la amistad y el

conocimiento. Su autor es dueño de una prosa fuerte pero pausada, que se defiende mejor con la prudencia que con la apuesta; que escoge los adjetivos con cuidado, evitando en lo posible sorprender al lector; que es sensible a las posibilidades estéticas de la puntuación. Decía Isaak Babel que no hay daga que penetre el corazón humano tan profundamente como un punto colocado a tiempo.



La primera lectura, aquella que mecánica e involuntariamente deshace el texto, examina sus mecanismos secretos y sus recursos privados, había encontrado los factores ya anotados, pero también otros: lo que golpea al lector, antes que nada, es la presencia ubicua de Borges. No digo que se trate necesariamente de la utilización del epíteto de estirpe épica ("sarracenos de limpios mantos") ni de los absolutos sentenciosos como arma retórica ("Todos los hombres se equivocan, pero hay algunos que jamás aciertan"; "Todo hombre ruin busca afanosamente una víctima en la cual desahogar sus culpas"), pero Borges, el maestro, es una figura pesada, asfixiante, que ha pasado seguramente por la prosa de muchos creadores nuevos, y que puede tornarse molesta y ya no ser bienvenida. Quizá la temperatura de los textos, el tono de uno u otro párrafo, causen esta impresión. Ignoro si habrá que buscar estas responsabilidades en lo general o en lo particular. Ello no es definitivo, sin embargo, porque ninguno de los recursos que Serrano toma, consciente o no de hacerlo, borra el hecho singular que se percibe: la lucha de un escritor con las palabras, la búsqueda de una voz propia. Todo el que lea *La marca de España* espera desde ya el próximo libro de su autor. Todo el que la lea sabe bien